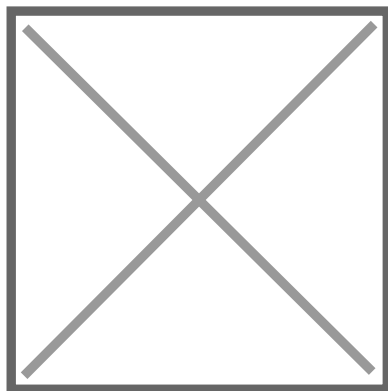




En agosto se fue el padre Hurtado y se apagó la Acción Católica

HERNAN MILLAS

Agosto arrastra los pesares para los católicos de cristianismo más auténtico: muere el padre Alberto Hurtado y la Acción Católica se extingue.

Ambos hechos se vinculan: el sacerdote jesuita fue asesor de los jóvenes de la AC, y fue destituido de su cargo ocho años antes de su muerte. ¿Razones? El padre Hurtado no quiso que la AC fuese una cofradía más, preocupada sólo de que sus miembros se confesaran y comulgasen una vez al mes. Quiso que la persona de Cristo se convirtiese en su ejemplo diario. Y practicar su doctrina era temerario para la época del 40. El *Diario Ilustrado* alertó contra ese cura que "en su prédica contra ciertos católicos ricos, pasa a unirse, aunque no sea su intención, con el comunismo". Es cierto que era un "pisacallos".

Alejandro Magnet cuenta que, en una reunión con un grupo de damas que colaboraban con el Hogar de Cristo, que había fundado poco antes, una le planteó su duda: los pobres que se socorrían, ¿serían agradecidos? El padre Hurtado estalló: "¡Agradecidos de qué, señora? ¡Tenemos derecho de pedir agradecimientos porque a un ser humano, a un hermano nuestro, a una criatura que no tiene culpa, la sacamos de la muerte en que la hacemos vivir y le damos techo, comida y educación? ¿Sabe lo que es dormir de a cinco en una cama, señora? ¿Sabe lo que es alimentarse de las sobras que usted bota al tarro de la basura? Esta mañana, cuando salía a la Alameda vi a una mujercita que estaba sacando unos restos de comida que había en un tarro basurero... ¡Era el tarro de su casa, Laurita!

No todas aceptaban su ruda franqueza.

El gran escándalo

Ya en 1941, el padre Hurtado había remecido a los cómodos católicos con un libro en el que les preguntaba: ¿Es Chile un país católico? De acuerdo al censo, casi toda la población se confesaba católica.

"¿Es tan dulce dormirse sobre la ilusión de una cifra estadística? ¿Es tan fácil excusarse de la acción profunda diciendo 'Chile es un país católico'?", Hurtado



El padre Hurtado, rodeado de niños: "Lo importante es que al Patrón le guste".

dudaba: "El pueblo no ha visto en los sectores que se llaman católicos el ejemplo que tenía derecho a esperar en la doctrina que profesa. Los malos cristianos son los más violentos agitadores sociales".

Para los conservadores y un gran sector de la Iglesia, el libro escandalizó. Y más si recordaba la exclamación de Pío XI en 1930: "El gran escándalo del siglo XX es que la Iglesia ha perdido a la clase obrera". Tal vez, de vivir hoy, el mismo Pontífice diría que el gran milagro es que la Iglesia ha recuperado a los pobres, a los perseguidos.

Su amigo de juventud, el obispo Manuel Larraín, se puso a su lado, recordando que "muchos Padres de la Iglesia han usado expresiones más fuertes que las del padre Hurtado".

Acalladas las críticas, otro amigo de su juventud, el "Rucio" Salinas, Augusto Salinas, obispo de Temuco, fue designado auxiliar del anciano cardenal José María Caro. Y pensó que nadie mejor que el padre Hurtado para tomar la dirección de la AC. Pronto se arrepentiría.

Para Magnet, su llegada "fue algo así como una tromba marina". Se propuso un programa muy revelador de su pensamiento: "¿Formar al hombre, formar al cristiano, formar al jefe!" A los jóvenes les contagió su entusiasmo. "Para ser cristiano hay que ser muy hombre", les decía. Y destacaba esa cualidad: "En Chile hay una profesión vacante: la del homi-

bre. Todos están esperando una humanidad mejor. Y esto engendra en nosotros, cristianos, una responsabilidad formidable, como pocas veces la hubo en la historia".

Los jóvenes de la AC, "activistas en Cristo", se repartieron por el país. Aumentaron las incorporaciones, como también las vocaciones sacerdotales. Pero recrudecieron las críticas. Los sectores conservadores llegaron a sostener que el padre Hurtado iba convirtiéndose en un caudillo político cuando repetió el Caupolicán, y que sus prédicas eran "avanzadas y peligrosas".

En noviembre de 1944, la situación se hizo insostenible. Su amigo, el obispo Salinas, no lo amparó. Aun más, hizo suyas las críticas que le formulaban los católicos poderosos, que se sentían fustigados por sus palabras. Y debió presentar la renuncia, que fue aceptada. Fue una "destitución", dijo el periodista Luis Hernández Parker.

La arremetida del obispo

Tres años más tarde, encontrándose en Roma, el padre Hurtado se enteró de que el obispo Salinas había arremetido contra la directiva de los jóvenes católicos. Las conclusiones de la Semana Social habían alarmado a Salinas, quien envió a Hugo Montecinos (hoy destacado docente), presidente del Consejo Nacional, una carta titulada *Orientaciones de la jerarquía a la Asociación de Jóvenes de la Acción Católica*. Los reprobó porque atacaban a Perón y Franco, porque rechazaban que jóvenes católicos ingresasen a la AChA (Acción Chilena Anticomunista), y encontraba que tenían "espíritu de ataque, diría odio, contra ciertos católicos ricos". También los prevenía "contra cierta corriente ideoló-

gica nacida entre algunos católicos, que trata de sustraerse a las disposiciones de la jerarquía (la Falange Nacional), corriente que lleva la tendencia social a sus mayores extremos".

La respuesta de los jóvenes fue renunciar. Salinas le encargó al agricultor conservador Roberto Prat Echazuren que reorganizara la AC. Se buscó a jóvenes pasivos, pero obedientes a la jerarquía.

"Comprenderás lo que he sufrido. Créeme que he estado contigo y con todos los dirigentes íntimamente unido, no sólo por el afecto y comprensión, sino en lo que más vale, la oración. El Señor sabrá sacar provecho de todo, creamoslo sinceramente, que esto es vivir de fe y el justo vive de fe", le escribió el padre Hurtado a Montecinos.

Cuando regresó a Chile al año siguiente, ya la AC no disgustaba a nadie: se había extinguido.

El padre Hurtado, que recibía cada quebranto con su jaculatoria "Contento, Señor, contento", tenía ya un nuevo desasosiego: el Hogar de Cristo.

Stefan Zweig habría podido agregar su creación a uno de sus momentos estelares. Fue en un retiro para señoras, el 19 de octubre de 1944, mientras hablaba de un pasaje del Evangelio, cuando se produjo el trance: no pudo seguir y algunas damas pensaron que algo le ocurría. Pero al cabo de algunos segundos, pidió que lo disculpasen, porque tenía que decir algo que no admitía dilación.

Y les contó que la noche anterior no había podido conciliar el sueño por un hecho que lo conmovió: cuando llegaba al convento (San Ignacio), un hombre se le había acercado, humilde y temeroso, y le había expuesto su caso. Debía estar muy enfermo, porque ardía de fiebre y no tenía dónde dormir.

—¿Cuántos seres así deambu-

lan en la noche! Y cada uno de esos hombres es Cristo. Y eso pasa en un país cristiano.

Desde entonces, en el resto de los ejercicios sólo se habló de ese incidente, y comenzaron las primeras erogaciones.

Tour nocturno con el Padre

Con Heliodoro Torrente, en la vieja Ermita, tuvimos la suerte en una noche de invierno de 1949, de acompañar al padre Hurtado a "recolectar" niños. En su camioneta verde, salimos desde una vieja casa en calle Alonso Ovalle, frente a la Iglesia de San Ignacio, donde convivían la sede del Hogar de Cristo y la Asich (Acción Sindical Chilena), otra de sus creaciones, en la que Marx era reemplazado por el Evangelio de Cristo.

Antes de salir, saboreando un frugal plato, nos habló con sencillez y entusiasmo de lo que se estaba haciendo. "Lo principal", dijo, "es que al Patrón le gusta, porque siempre nos está proveyendo". A Dios lo llamaba "El Patrón".

Al llegar a la Estación Central, el vehículo se detuvo junto a la rejilla de un alternador subterráneo de los tranvías. Varios niños dormían allí apretados, gozando de su calor. El padre Hurtado, con el cariño de un progenitor que despierta a sus pequeños para llevarlos a la cama, los remeció. Al abrir los ojos, les preguntó si lo acompañarían a tomarse una sopa "calientita, rica", y después a dormir "abrigaditos". Como los mayores rehuían, agregó: "Nadie los va a tener a la fuerza. Mañana, si quieren, se marchan". Y llenó la camioneta rumbo al Hogar.

Tres años después terminaba "la rica y breve vida del padre Hurtado en la tierra". El 18 de agosto de 1952 expiró. A su lecho de muerte llegó el obispo Salinas a darle un abrazo. Días antes se despidió de todos: iban pasando y les daba su bendición. "Le caían las lágrimas y les decía que tenían que perdonarlo porque estaba tan flojón", cuenta su amigo el padre Alvaro Lavín, superior de los jesuitas. "No llores de pena", repetía, "lloro de alegría porque vuelvo a mi Padre, Dios".

Para su médico, el doctor Rodolfo Armas Cruz, nunca hubo paciente igual: se estaba muriendo de un doloroso cáncer al páncreas, y esperaba el fin con serena alegría. Entrando en la agonía, el médico le tomó la mano y se inclinó a preguntarle cómo se sentía: "Muy mal...". Mustió. Cogió la mano del doctor y la acercó a sus labios. Lo último que pronunció fue su "Contento, Señor, contento".

En agosto se fue el padre Hurtado y se apagó la Acción Católica [artículo] Hernán Millas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Millas, Hernán, 1921-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En agosto se fue el padre Hurtado y se apagó la Acción Católica [artículo] Hernán Millas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile